

FAJARDO DE RUEDA, Marta: *Oribes y Plateros en la Nueva Granada*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de León, León, 2008, 389 pp. + ilustraciones en B/N y color [ISBN: 978-84-9773-428-8].

Prologada por el Dr. Jesús Paniagua Pérez, Catedrático de Historia de América de la Universidad de León y estudioso de la platería hispanoamericana, la presente publicación supone una interesante aportación a los estudios sobre la orfebrería de Hispanoamérica, tornándose en una fuente fundamental para el conocimiento de la plata del antiguo Reino de la Nueva Granada, actual República de Colombia.

Su autora, Marta Fajardo de Rueda, Dra. en Historia del Arte por la Universidad Nacional de Colombia, ha de ser considerada pionera de los estudios sobre el arte de la plata labrada en Nueva Granada, ya que, si exceptuamos las pequeñas contribuciones debidas a los historiadores G. Giraldo Jaramillo (1954), L. Alberto Acuña (1964), F. Gil Tovar y C. Arbeláez Camacho (1968), la platería neogranadina no había contado hasta ahora con otros estudios. Asimismo, a la historiadora se debe el haber organizado en 1990 la primera exposición sobre orfebrería en el país, seleccionando para ello las preseas más valiosas custodiadas en el Tesoro de la Catedral Primada de Bogotá.

En los once capítulos de que consta la obra que ahora reseñamos, la Dra. Fajardo nos ofrece un completo panorama de lo que ha supuesto el Arte de la Platería en las diferentes regiones del país, desde el período precolombino hasta el siglo XIX. A esto hemos de sumar el valioso diccionario bibliográfico-documental de artífices de la plata activos en la Nueva Granada, el cual, junto con la bibliografía, las fuentes documentales consultadas y los índices, constituyen el colofón de su trabajo de investigación.

En el primero de los capítulos, la investigadora se ocupa de algunos aspectos relacionados con el oficio de platero: procedencia de los artistas, formación y organización del trabajo, las técnicas empleadas y el control por parte del Estado, entre otras cuestiones.

El segundo capítulo trata de los precedentes prehispánicos, destacando el papel fundamental que jugó la orfebrería en las culturas indígenas precolombinas, al tiempo que se da a conocer cómo la platería española se fue imponiendo poco a poco hasta hacer desaparecer las manifestaciones indígenas.

El capítulo tercero versa sobre la región de Santafé, y el mismo nos aporta información de sumo interés referente a los conciertos de aprendizaje entre los plateros y sobre los principales destinatarios de las obras labradas. El capítulo incluye una selección de las creaciones santafereñas más señeras que han llegado hasta hoy, caso de la *Custodia de San Ignacio*, conocida como *La Lechuga* (José de Galaz, 1700-1707) o la *Custodia La Preciosa* (Nicolás de Burgos y Aguilera, 1736).

La región de Tunja centra el siguiente capítulo, en el que la autora destaca el empleo en la platería de las abundantes esmeraldas extraídas de las minas de la zona, así como la presencia de artífices portugueses en la región. También contamos con una breve muestra del rico legado sacro, del cual son valiosos testimonios las *custodias* del siglo XVII y el *arca eucarística* dieciochesca de la Catedral de Santiago de Tunja.

El capítulo quinto presta atención al arte de la plata en las regiones de Santa Marta y Ríohacha, en el que la autora destaca la importancia de la que gozaron algunos materiales entre los orfebres, como son la perla, el carey y el marfil, empleados en diversas tipologías (marcos de cuadros, custodias, cruces, atriles, rosarios, ...).

Nueva Pamplona y San Juan de Girón son las regiones estudiadas en el sexto capítulo, donde la Dra. Fajardo ofrece una sucinta visión sobre la organización de los plateros y las alhajas que pertenecieron a las imágenes de mayor devoción, como la Virgen de Chiquinquirá o Nuestra Señora de la Cueva Santa de Bochalema. Asimismo, se mencionan las piezas de mayor interés que se custodian en el Museo Arquidiocesano de Arte Religioso de Pamplona.

A continuación, la estudiosa se centra en el desarrollo del Arte de la Platería en Cartagena de Indias y en la Villa de Santa Cruz de Mompos. En este capítulo, Fajardo de Rueda da a conocer la importante tradición de la técnica de la filigrana entre los plateros momposinos, que llegaron a ser reputados filigraneros, y algunas de las creaciones más sobresalientes que han llegado hasta nuestros días, como es el *manifestador* o *expositor eucarístico* del siglo XIX que se conserva en el Museo de Arte Religioso momposino.

En cuanto a Cartagena de Indias, la historiadora hace mención de los artífices que laboraron en la región y de las joyas que los oribes o plateros de oro llevaron a cabo por encargo de los cartageneros más acaudalados, según revelan los testamentos.

En los capítulos octavo y noveno, Fajardo de Rueda presta atención a la evolución de la platería en las gobernaciones de Antioquia y Popayán, aportando documentación sobre los gremios de plateros, las artífices María Francisca Rojas, que trabajó en Antioquia, y Balthasara Prado, oriunda de Cali. Asimismo, la historiadora se ocupa de las notables creaciones de la orfebrería religiosa, como la *Custodia La Bicéfala* (Museo de Arte Arquidiocesano de Popayán) o la riquísima *Corona de la Inmaculada Concepción* de Popayán, famosa pieza de oro y pedrería conocida como la *Corona de Los Andes* (colección particular de Nueva York).

En el siguiente capítulo, la investigadora analiza las rutas que las piezas americanas de plata recorrían desde el lugar donde fueron labradas hasta su destino, especialmente las que, partiendo del floreciente puerto novohispano de Veracruz, arribaron a Nueva Granada, San Cristóbal de La Habana, La Guaira o Maracaibo. Buen ejemplo

de lo comentado son las alhajas procedentes de Nueva España que la historiadora ha localizado en el Museo Arquidiocesano de Arte Religioso de Pamplona, así como las obras quiteñas pertenecientes a museos y colecciones neogranadinas.

Finalmente, el último capítulo trata de la joyería, concretamente de su significación en lo que al culto de las imágenes sagradas concierne (alhajamiento de las Vírgenes de mayor devoción), de la relevancia de la que la misma gozó en el adorno personal, así como de las fuentes documentales (testamentos, inventarios) e iconográficas (la pintura) con las que contamos para el estudio y catalogación de las antiguas alhajas.

La presente publicación se enriquece más si cabe con la inclusión, al final del libro, de un diccionario bibliográfico-documental de oribes y plateros que trabajaron en el antiguo Reino de la Nueva Granada, durante los siglos XVI-XIX. En este diccionario, de gran utilidad a la hora de emprender el estudio de la platería neogranadina, la Dra. Fajardo de Rueda logra documentar la trayectoria vital y la actividad desplegada por casi quinientos artistas de la plata labrada, gracias a la documentación que durante años pudo extraer de diferentes archivos nacionales, entre los que descuellan el Archivo General de la Nación, el Archivo de la Catedral Primada de Bogotá y los Archivos Históricos de Boyacá, Antioquia, Cartagena de Indias y Santa Cruz de Mompox.

JOSÉ CESÁREO LÓPEZ PLASENCIA

## EVOCACIÓN

MILLARES CARLO, Juan: *Obras completas*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias y Cabildo de Gran Canaria, 2008-2009, 4 vols. [ISBN 978-84-8103-526-1]

En 1960, por recomendación del gran filólogo canario, don Agustín Millares Carlo, a quien conocí en la tertulia de Rodríguez Moñino en el Café Lyon, fui a Las Palmas, a trabajar en la recién inaugurada Casa-Museo de Galdós. Se empezaban a sacar los libros y papeles de sus cajas, así que me instalé en el Museo Canario, donde me dieron un despacho al cual pronto llegó don Agustín también a seguir trabajando en su libro sobre el abate Marchena. Allí entre cafés y divertida cháchara llegué a admirar a y aprender de don Agustín, generoso y jovial siempre.

Cuando llegué a Gando, me esperaban Agustín Millares Sall y su hijo Agustinito. Ese primer verano forjé una gran amistad con Manena y Agustín. Cenaba casi a diario con ellos un arroz a la cubana con un platanito de añadidura. Yo les llevaba helado a los cuatro niños, paseábamos por el barrio, por el parque de Santa Catalina, por las Canteras. Después de ese verano me hicieron sentir familia, y volví el verano siguiente, y todo el año 62-63 con una beca Fulbright. Me sentí honrado cuando me nombraron padrino del quinto niño, Layo. Conocí, pero no bien a don Juan Millares, porque ya no podía hablar. Solo recientemente he tenido la agradable sorpresa de leer sus escritos, y disfrutar de sus dibujos en los cuatro tomos que Selena Millares ha reunido, y el Cabildo de Gran Canaria ha editado.

Agustín me leía sus versos a diario. Siempre andaba creando o puliéndolos en sus cuadernos al volver de su trabajo en la Transmediterránea. En su casa conocí a José

María, a Pino, a Totoyo, a Isidro Miranda, a Manolo Bermejo, a Manolo Padorno, y a muchos más. Aún se vivía en pleno franquismo, así que pude aprender mucho más sobre esa época, que yo conocía sólo por mis maestros exilados en Nueva York, y por lecturas y películas. Hoy día que se habla tanto de «memoria histórica», he vuelto a profundizar en una España que tanto quiero, y cuyas complejidades aún estudio. En aquellos años yo había conocido a Américo Castro, Ángel del Río, Francisco García Lorca, Jorge Guillén, Francisco Ayala, Vicente Llorens, Federico de Onís y varios más, pero aun no conocía muy bien sus historias, aunque si empezaba a penetrar en sus obras. Al Museo iba a buscarme a menudo Ventura Doreste (Venturita), fino crítico y ensayista. Yo le acompañaba a su casa, y hablábamos de literatura. Conocí también a Sebastián de la Nuez, entonces catedrático de instituto, y luego de la Universidad de La Laguna. Con él colaboré en algunos proyectos galdosianos y, como con todos mis amigos canarios, llegamos a ser «familia». Yo, hijo único, con casi toda la familia asesinada en Polonia por los nazis, tuve la gran suerte de ser adoptado por canarios que nunca he olvidado. Entre ellos Amalia y Carlos Bosch, y Amelia y Manolo Bermejo.

Al leer la excelente introducción de Selena Millares, me entero de más datos sobre el franquismo en Canarias y, específicamente, en la vida de Juan Millares y su familia. El fue destituido de su puesto, y exilado a otra isla sin su familia. Otros, como sabemos, tuvieron peor suerte, como puede constatarse en la novela documental de Nivaria Tejera, *El barranco*. Nadie salió ileso de la horrible sangría sufrida por los españoles de diversos tintes políticos. Otras potencias extranjeras se aprovecharon para perseguir sus fines de conquista y expolio. No es este el momento de tocar un tema tan complejo, y aun doloroso. Lo que es indudable es que Canarias ha producido siempre grandes escritores, pintores, sabios, y políticos, y que la mayoría abogaba por la paz. En ese sentido, las Canarias son verdaderamente Afortunadas.

En nuestra casa perviven no sólo los regalos que nos han hecho los amigos canarios, un timble de Totoyo, unos poemas de José María, libros de Agustín, un cuchillo canario, un gouache de Manolo pero, en primer plano, unos recuerdos para toda la vida. Entre ellos un ensayo dedicado a mí por don Juan en 1965, *Personajes galdosianos (clérigos y anti-clericalismo)*. No lo conocía hasta verlo en esta tan cuidada edición de Selena. Le deseo mucha difusión y éxito.

JOSÉ SCRHAIBMAN  
Catedrático  
Washington University  
St. Louis Mo.